

Hacia una cultura de la ancianidad y de la muerte en México

Felipe Vázquez Palacios

Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social

Resumen:

El objetivo de este trabajo es presentar, de manera general, cómo se ubican los ancianos en la sociedad, cuáles son las relaciones que organizan y estructuran su forma de vivir, pensar y actuar; cuáles son las peculiaridades de las diversas experiencias locales, así como las instancias, espacios y acciones colectivas que se necesitan construir; cómo la sociedad hace conciencia de esta problemática, cómo la combate, la acepta, la manipula y la incorpora a su cultura.

Abstract:

The purpose of this paper is to present how the old men are located in the society, which are their the relationships that organize and their form of living, think and act; what are their the peculiarities of the diverse local experiences, as well as the instances, spaces and collective actions that they are needed to build. This paper try to make conscience of this problems, how combats it, accept it, manipulate it and incorporate it to their culture.

Introducción

El objetivo de este trabajo parte de la inquietud por adentrarme en el estudio de la ancianidad y de la muerte en México, desde una perspectiva antropológica, donde se haga énfasis en la cultura,¹ es decir, en la acción y reflexión constantes que lleva a cabo el hombre en torno a su realidad material y espiritual, así como en los conflictos que los oponen a la naturaleza y a los imperativos de la vida en común con sus respectivas contradicciones y conflictos (Cabral, 1981: 157, 177). Parto de que el envejecer, así como el morir, son procesos identitarios locales; es decir, son producto de las circunstancias

¹ La antropología ha definido la cultura como el paso del estado de naturaleza al estado cultural, paso que se concreta no sólo prácticamente, a través de la actividad humana (el trabajo como relación básica transformadora de la naturaleza), sino también por medio de la actividad reflexiva que lo acompaña. Para Wolf, esta actividad reflexiva es interacción y comunicación social, y solamente mediante estas conexiones y relaciones sociales se hace efectiva la influencia del hombre sobre la naturaleza (Wolf, 1984). La cultura es la acción y la reflexión que lleva a cabo el hombre en torno a la vida y la muerte (Caruso, 1996:14).

provenientes tanto del contexto social donde se desarrollan y organizan las actividades cotidianas como del estado de ánimo con que se les enfrente y del sentido que el sujeto le atribuya al existir y al morir de acuerdo con sus costumbres, creencias, tradiciones, etcétera.

A mi manera de ver, existe una diferenciación de experiencias, prácticas e intereses, que emergen de los contactos y de los intercambios entre individuos, así como de los recursos de poder y de las interpretaciones que hacen los grupos de sus respectivas posiciones en el orden social. Buena parte de la dinámica social desarrollada por los ancianos surge de la tensión entre la experiencia personal en el hogar y las demás interacciones sociales del contexto social. Es por ello que nos debe interesar cómo se ubican los ancianos en la realidad, cuáles son las relaciones que organizan y estructuran su forma de vivir, pensar y actuar; cuáles son sus peculiaridades, esto es: la forma en que los ancianos tejen sus relaciones sociales y familiares, controlan su espacio habitado, mantienen sus costumbres y estilos de vida locales, crean y recrean símbolos y referentes comunes, se representan y viven la experiencia de pertenecer a un lugar, a una agrupación, y la forma en que se enfrentan a la muerte, así como las instancias, espacios y acciones colectivas que se necesitan construir; cómo la sociedad hace conciencia de esta problemática, cómo la combate, la acepta, la manipula y la incorpora a su cultura; asimismo, es necesario medir la capacidad que tiene la sociedad para resolver los problemas económicos, políticos y culturales de las personas mayores de 60 años, y conocer el grado de articulación e interdependencia de éstos con el desarrollo del país.

Tales cuestiones nos conducen a plantear: *¿qué significa envejecer y morir en este país?* Esta interrogante es necesario desdoblarla en dos preguntas centrales: a) ¿cómo la sociedad enfrenta el envejecer y el morir? y b) ¿cómo los ancianos enfrentan a su sociedad y a ellos mismos?²

Por razones didácticas, voy a centrarme en la importancia del enfoque antropológico para comprender la ancianidad y la muerte, y a plantear hipótesis de trabajo que nos permitan ir construyendo la perspectiva y el análisis de la ancianidad en México. De ser posible, aventuraré propuestas y reflexiones del

² Respecto al primer punto, enfocáramos las preocupaciones que tiene la sociedad ante el proceso de envejecimiento, las prácticas existentes y acciones que se han impulsado. En especial, me interesa la forma en que la sociedad va tomando conciencia del problema. En cuanto a lo segundo, me interesaría analizar cómo los ancianos han asumido hasta cierto punto el modelo que les impone la sociedad, las respuestas que generan ante las condiciones sociales en que se encuentran (generalmente, de incapacidad, deterioro físico, dependencia económica, frustración, resignación, decepción, marginación social, etc.). Destacaría cómo es asumida y cómo emprende cada individuo la lucha por encontrarle sentido a la vida, a la muerte y, por supuesto, a la vejez.

quehacer antropológico a este respecto. Para ello, me apoyaré en ciertas premisas y conclusiones generales que se han desprendido del análisis cuantitativo, y en información que emerge del imaginario colectivo en torno a estos temas en nuestras sociedades contemporáneas.

Qué se ha hecho en relación con el tema de la ancianidad

Son casi inexistentes los esfuerzos que se han realizado en torno a estos temas y más si queremos verlos simultáneamente, por lo que al tratar de construir los antecedentes de la vejez y la muerte, es necesario que veamos lo que se ha hecho, tanto en una como en otra, para de ahí partir con nuestra propuesta.

Con base en esta dirección, podemos clasificar los planteamientos que han orientado los estudios sobre vejez, tomando en cuenta la manera en que ubican al anciano frente a su realidad y los objetivos que el estudio persigue. En este sentido, tenemos:

1. Estudios que ubican al anciano en relación con los procesos centrales de producción y consumo de la sociedad y las relaciones de poder. Desde esta perspectiva, los problemas de la vejez y la muerte son esencialmente problemas de disminución de recursos económicos, de conocimientos, capacidad física y posición social (Butterworth, 1975; Rosenblueth, 1985, y Gilleard, 1996).
2. Estudios que ponen su atención en la trayectoria individual de los ancianos y su marco de relaciones afectivas dentro de la familia. En estos estudios se postula que en la vejez hay una separación mutua entre el anciano y la sociedad. Caso de bienestar y seguridad social.
3. Estudios que observan estos tópicos dentro de los programas institucionales de salud y bienestar sociopsicológico, donde aparece la querella entre quienes sostienen que las personas de edad deben ser integradas a la comunidad y los que recomiendan la segregación por grupos de edad (Houtepen, 1995).

Los estudios sobre la muerte, por otra parte, y los rituales que la rodean son muy abundantes en la literatura antropológica; destacan los trabajos de Durkheim, Frazer, Tylor, Evans-Pritchard, Malinowsky, Radcliffe-Brown, Van Gennep y Gluckman, entre otros. En todos ellos se dan explicaciones sobre rituales

funerarios en el mundo no occidental, se describen las condiciones morales, económicas y sociales en que suceden y el intercambio social que estos eventos producen. De hecho, muchos problemas básicos de la teoría antropológica, tales como el parentesco, el papel de la ceremonia, la organización religiosa, los principios que rigen la herencia y las diferenciaciones entre lo secular y lo sagrado, se han formulado con base en el examen de materiales etnográficos relacionados con la muerte. Asimismo, existe una abundante bibliografía sobre la muerte y la familia, pero sólo un mínimo porcentaje es producto de investigaciones empíricas concretas, sobre la interacción de la familia en el momento de la muerte. Sudnow (1971), Ziegler (1976), Flanet (1986), Hertz (1990), Rosaldo (1989). La mayor parte de los trabajos al respecto son obra de psiquiatras, médicos y psicólogos, quienes tratan cuestiones muy generales en torno al manejo del paciente desahuciado, hacen reflexiones filosóficas sobre la actitud positiva ante la vida y la muerte y ofrecen testimonios sobre su propia práctica profesional (Woltereck, 1962; Baudouin, 1995; Toynbee *et al.*, 1993 y Blanck, 1997). Pero no hay un tratamiento a profundidad del tema y en muchas ocasiones sólo aparece como una referencia indirecta.

Los trabajos desarrollados respecto a la ancianidad y a la muerte asumen estos eventos como catalizadores, alrededor de los cuales se hallan celebraciones, conductas, rituales, rutinas, tendencias, que precipitan procesos subsecuentes, en acontecimientos familiares y comunales, como en marcos informales de la vida cotidiana. Sin duda, muestran explicaciones del conjunto de creencias y prácticas que se dan alrededor de estos eventos, así como del proceso constante de enfrentamiento y adaptación con la sociedad y la cultura. Por ello es que como antropólogo me surge el interés de analizar la vejez y la muerte como la encrucijada donde se interceptan diversos procesos sociales y culturales.

Hacia un enfoque antropológico del envejecimiento y la muerte

Hasta ahora, en vísperas del siglo XXI, la vejez y su inevitable desenlace siguen siendo problemáticas a las que se da poca importancia en el campo de las ciencias sociales. Esta indiferencia es producto del predominio de las fuerzas del mercado, la productividad, la eficiencia, la excelencia y la modernización. Pese a que ya se deja sentir una gran preocupación por el cambio demográfico y sus implicaciones a futuro en una población envejecida y subdesarrollada, tal

indiferencia persiste. Es más, nosotros mismos no nos asumimos como individuos en proceso de envejecimiento.

Los avances logrados por otras ciencias en lo que se refiere a explicar las causas del envejecimiento y la muerte, aunque nos maravillan con sus adelantos, no nos dan una explicación que nos satisfaga. Es por ello que en las distintas épocas y culturas, el hombre ha creado diversas y complejas expresiones religiosas, asociadas a diversas corrientes de pensamiento e intereses de todo tipo, para contrarrestar de alguna manera la incertidumbre en torno a su existencia.

Es cada vez más evidente que estas problemáticas no sólo son abordadas mediante el rigor del método científico, sino básicamente a través de la sensibilidad expresada en la cotidianidad de los pueblos, ahí donde los ancianos tejen sus relaciones sociales y familiares, mantienen sus costumbres y sus creencias. Y es que sólo a través de la comprensión de dichas problemáticas en el contexto de cada sociedad, y conociendo la relación esencial de cada una con la vida sin tratar de buscar una explicación, es como el investigador puede acercarse al fenómeno y proponer alternativas. En otras palabras, al estudiar la vejez y cómo se afronta la muerte, debemos ver a una y otra como expresiones culturales que se conforman y moldean de acuerdo con características sociales. Luego entonces, la vejez constituye un proceso de identidad³ (experiencia acumulada dotada de significados y sentidos), resultado de la prolongación de un proceso, y la muerte, un asunto de trascendencia (el tránsito del alma de un lugar a otro) y conclusión (su desaparición como persona del espacio y del tiempo. Dejar de ser).

En este sentido, no sabemos cuál es el lugar que ocupan los ancianos en la sociedad ni qué esperan de ella ni cómo enfrentan el devenir del último momento de su existencia y su inevitable desprendimiento del tejido social. Al respecto, es necesario poner atención a los factores sociales, económicos y culturales que subyacen a estas problemáticas, con el objetivo de reconstruir las identidades locales que asumen los ancianos en sus diferentes contextos: en el hogar, en la organización religiosa, en su entorno vecinal. Observar, por ejemplo, sus necesidades económicas, sociales y de salud en el marco del

³ Conviene recordar que la identidad es una construcción histórica que se va conformando en una colectividad, al comprenderse sus integrantes a sí mismos como si fueran otros. En este sentido, la identidad no está en el ayer sino en el ahora, está en la experiencia cotidiana que rige y moldea mi comportamiento, mis relaciones sociales. Surge como una relación permanente ligada al proyecto de vida. Luego entonces, las identidades se entrecruzan, se redefinen y se establecen según el movimiento. Cualquier situación puede ser un eje que impulse acciones y unión de identidad o identidades.

desarrollo industrial y la concentración urbana; las actividades laborales, los servicios, los cambios y las permanencias que inciden en las costumbres y modos de pensar, etc. Es aquí donde quisiera llamar la atención sobre la importancia del enfoque antropológico, el cual puede darnos un amplio bagaje de estudios en torno al devenir del ser humano y una óptica diferente desde la cual percibir, interpretar y comprender el sentido que los ancianos dan a su vida, la forma en que la asumen diariamente, cómo esta forma de asumirla se modifica al llegar a la vejez y cómo afrontan la muerte.

La contracultura, una alternativa para la ancianidad

Desde mi punto de vista, los ancianos se hallan en búsqueda de una alternativa cultural, en la cual se perfila ya una contracultura que revertiría los efectos que la sociedad e incluso ellos mismos, consciente o inconscientemente, han creado y recreado, tales como el referirse a esta etapa como a un estado de inutilidad, incapacidad, etc. Estas ideas, aunque falsas, están a tal grado incorporadas en nuestra cultura, que nos parece normal y se nos hace justo denigrar y descalificar a los ancianos con ciertas expresiones y chistes, mediante los cuales se les discrimina y margina del actuar colectivo. Esto repercute en los ancianos, quienes al interiorizar estas ideas acaban por aceptar y percibirse con base en estos prejuicios, propios de un sistema mercantil orientado al lucro, la explotación y el despilfarro, que desvaloriza constantemente a la vejez mediante el reforzamiento de estereotipos de juventud, fuerza y belleza, a los que supuestamente debe aspirar la sociedad y ver como máximos ideales. Con ello, se propicia el miedo a la muerte y a la ancianidad. Y qué decir de la infraestructura urbana, donde, por ejemplo, las viviendas son cada vez más reducidas, admiten solamente una familia nuclear y no hay cabida para los abuelos. Por otra parte, la dinámica laboral en que se ven inmersos los habitantes de la ciudad es tan absorbente que no hay tiempo para cuidar y atender a los hijos, mucho menos a los ancianos. El conocimiento que se podría adquirir de los abuelos por vía oral está ahora en manos de los medios de comunicación y los medios de socialización formal. El mercado de trabajo ha institucionalizado la expulsión de la población envejecida a través de la jubilación, el retiro, el recorte y el despido. A nivel familiar, la situación del anciano se agrava cuando su entorno inmediato es de espacios ajenos. Entonces las cosas les pertenecen a otros y deben pedir permiso para realizar acciones elementales en la vida. Todo empeora cuando el cuerpo tampoco le pertenece al viejo, cuando no obedece a

los deseos de la mente, cuando la funcionalidad elemental e íntima en la vida del ser humano queda expuesta a los otros: no poder salir de casa, bañarse, comer lo que quiera porque está prohibido médicamente (Montes de Oca, 1997: 3). Todo ello convierte a los ancianos en personas obsoletas, en “chatarra social”, restringiendo así cualquier iniciativa de superación. En este sentido, las estrategias de sobrevivencia —o sea, el mantenimiento de un significado y un propósito en la última etapa de la vida— se van definiendo en torno a un proyecto personal y cotidiano de lucha, no sólo con la sociedad y la cultura, sino consigo mismo. Todo ello genera un estilo de vida, con significaciones, conflictos y propósitos múltiples, donde los ancianos desarrollan y mantienen conductas y acciones invisibles. Es por ello que muchos ancianos intentan organizarse a través de mecanismos informales y formales, que aparte de generarles apoyo espiritual y moral, les proporcionan un plan para cubrir sus necesidades y demandas sociales, propician emociones y sentimientos poderosos vinculados estrechamente con sus problemas existenciales básicos (con explicaciones sobre la muerte y el más allá, que les dan consuelo y valor para enfrentar los achaques) y le hacen posible financiar y administrar recursos asociados con el bienestar (reuniones sociales, actividades rituales, etc.) y con otros fines. Asimismo, dichos mecanismos les facilitan interactuar para transmitir información, formular propuestas y discutir sus decisiones, en afinidad o contraposición con las de otros grupos de edad; les facilitan, pues, interpretar, reinterpretar y ajustarse a las cambiantes circunstancias económicas, políticas y sociales que les han tocado vivir.

El análisis crítico de la situación de los ancianos, de sus necesidades y problemas, nos conduce necesariamente al análisis crítico de toda la sociedad. Las acciones que ahora se emprendan determinarán el número, la suerte y las características de los futuros viejos; con base en ellos podrán juzgar las futuras generaciones a la sociedad actual donde estamos tú y yo.

Aceptando el envejecimiento pero no la prolongación de la vida

El envejecimiento es un fenómeno tan natural y cotidiano que nos hemos acostumbrado a verlo con mayor o menor inquietud y a aceptarlo como algo inevitable que a todos, incluso a nosotros, nos pasará. Pero mientras nos llega, tratamos de no pensar, ni siquiera imaginar, el momento en que deberemos

aceptar que hemos envejecido. Y es que llegar a la última etapa de la vida encierra temor, misterio, respeto, repugnancia, rechazo total. Sin embargo, es muy común oír: ¡que Dios te conserve por mucho tiempo! o ¡que Dios te conceda muchos años de vida!, ya sea porque cumplimos años o cuando nos abrazamos en Navidad o en las fiestas de fin de año. Pero desde el legendario Matusalén —que vivió 969 años— hasta la fecha no hemos podido precisar la duración de la vida del hombre, que, según algunos estudiosos de la medicina, oscila entre los 110 y los 120 años cuando más. Con toda seguridad la mayoría conoce las palabras del salmista: “Los días de nuestra edad son setenta años; que si en los más robustos son ochenta años, con todo su fortaleza es molestia y trabajo; porque es cortado presto y volamos” (Salmos 90: 10).

Pero, ¿qué sentido tiene prolongar la vida del anciano o que nos remontemos al Jardín del Edén e imaginemos que si Adán y Eva no hubiesen comido el fruto del árbol de la vida, no existirían la vejez ni la muerte o pensar en que la ciencia logrará algún día eliminar estos tragos amargos? Las consecuencias serían apenas concebibles. Por ejemplo, se dice que al cabo de unos mil años los descendientes de Adán y Eva no tendrían literalmente sitio dónde estar en la tierra. La muerte forma parte del programa vital del individuo. La reproducción obliga a la muerte. Muerte y vida se condicionan mutuamente (Woltereck, 1962: 20).

Según mi información etnográfica, el sufrimiento de los que pierden un ser querido no proviene tanto del proceso necesario, tanto natural como biológico, del envejecimiento o de la muerte, sino de la enfermedad y la muerte prematura. No es el simple número de años de existencia lo que decide si la vida vale la pena vivirse, sino la forma y el contenido del tiempo que podamos vivir sanos y con capacidad para valernos por nosotros mismos. Creo que tener como meta una vejez exitosa no es querer ampliar los límites de la duración de la vida, sino buscar que ésta sea en buena salud, en actividad e interacción social, independencia y autonomía. Nuestra sociedad necesita aprender ya a vivir la vejez y a no negar ni entender la muerte como un evento final de la vida. Hay que contrarrestar la influencia de la sociedad occidental, que considera al sufrimiento una experiencia humana que hay que evitar y establece que las emociones dolorosas no deben compartirse socialmente porque incomodan. A los niños hay que enseñarles a hablar de la muerte, a encontrarle un sentido a la vida, para que cuando lleguen a la ancianidad no se posesione de ellos el hastío por ella. Es inútil tratar de impedir que los niños se refieran a la muerte sin el temor o el conflicto que causa a los adultos conocer esta verdad por la que cada

uno de nosotros corre un riesgo, ya que tarde o temprano tendrán que hacerlo. Es el precio por la vida.

No obstante lo anterior, hay que aceptar, ante todo, que la marginación de los ancianos, en una época en que los cambios históricos son cada vez más vertiginosos, es un hecho incontrovertible que no se puede ignorar. A este respecto, creo que los ancianos de las zonas urbanas están más excluidos de la vida social, política y cultural de su sociedad, que los de las zonas rurales e indígenas, debido a la forma en que se organizan, producen y reproducen sus más vitales relaciones, sean éstas tradicionales o el resultado de un proceso de adaptación a las nuevas condiciones de modernización.

Cada vez más, el anciano es aquel que no sabe, frente a los jóvenes que sí saben, y saben, entre otras cosas, porque aprenden más fácilmente. En este sentido, dado que la sociedad relega a un segundo plano el proceso de envejecimiento y, aún más, la muerte, los ancianos se mostrarán selectivos y desconfiados en sus interacciones sociales. Es por ello que poco a poco van contrayendo sus intereses afectivos, culturales y económicos, en un afán por evitar que se produzca más rechazo. Esta actitud provoca que los ancianos terminen desinteresándose de sus compromisos con la sociedad y que se replieguen en sí mismos, en sus vivencias internas, lo cual los llevará a emprender una búsqueda de identidad y acciones tendientes a sobreponerse a la constante desvalorización, la anomia, la burla, la pobreza y la muerte.

Es en este proceso de enfrentamiento con la sociedad, la vejez y la muerte, donde se reelabora y se construye la contracultura, y donde se delimita el alcance de la experiencia acumulada. Existen muchos ejemplos de cómo la vejez y la muerte mueven muchos aspectos afectivos, confrontan valores, relaciones sociales y hacen ver de distinta manera lo que está alrededor. Por otra parte, creemos que para todo tipo de sociedad, la vejez y la muerte representan un claro momento de reflexión de lo que somos en la vida, de lo que hacemos. Es el momento en que se hacen visibles las creencias que interiorizamos respecto al mundo material y supranatural. Son los momentos en que si bien hay una declinación de las facultades corporales, también hay una madurez psíquica y un gran desarrollo espiritual.

Queda ahora el preguntarnos ¿qué problemas nos plantea a los antropólogos la ancianidad?

Las políticas culturales se han quedado cortas frente a los nuevos escenarios dominados por el mercado. Es necesario que aquéllas contemplen no sólo una cultura de la vida, sino también una cultura de la muerte, en medio de la cual el

anciano intente arrancar aunque sea angustiosamente elementos que le permitan suplir sus necesidades básicas y encontrar maneras de estar fortalecido y protegerse contra su propia sociedad. Los procesos de globalización han excluido a miles de personas en especial a los ancianos de la vida cultural de sus sociedades. Es necesario redefinir el papel de la familia, de las instituciones y de la sociedad en su conjunto en relación con los ancianos, ya que las respuestas tienen que ser colectivas e individuales. ¿Qué connotación va a tener la ancianidad ante las nuevas expectativas de vida en nuestro país? ¿Cómo serán los ancianos cibernéticos? ¿Podrán comunicar mejor sus experiencias, miedos y esperanzas? ¿Será utópico pensar en una contracultura que nos haga tomar conciencia y, sobre todo, accionar con otra lógica, una lógica que en vez de enseñarnos a derrochar la vida, nos enseñe a no tener miedo a la muerte; que en vez de exaltar la belleza, la fuerza y la juventud, exalte la sabiduría, la espiritualidad y la esperanza, acordes con nuestros aspectos culturales, económicos, políticos e ideológicos? Digámoslo en pocas palabras: lo que me preocupa ya no tanto como antropólogo sino como individuo común y corriente es que no estamos preparando nuestra propia ancianidad y muerte, ni como sociedad ni como individuos.

Ya es tiempo de que las ciencias sociales, así como lo están haciendo otras ciencias, enfrenten el problema de la ancianidad y de la muerte. Necesitamos ampliar nuestro análisis a aquellos sectores que han incrementado su expectativa de vida. Hay que entender que nuestro objeto de estudio no es ya solamente una sociedad joven, sino también una sociedad entrada en años.

Bibliografía

BAUDOUIN, Jean-Louis y Danielle Blondeau, 1995, *Éthique de la mort et droit á la mort*, Presses Universitaires de France, París.

BEAUVOIR, Simone, 1983, *La vejez*, ed. Hermes, México.

BLANCK-Cereijido, Fanny y Marcelino Cereijido, 1997, *La muerte y sus ventajas*, SEP, FCE y CONACYT, colección: La ciencia para todos, núm. 156, México.

BUTTERWORTH, Douglas, 1975, *Tilantongo: comunidad mixteca en transición*, SEP-INI, México.

CABRAL, Amílcar, 1981, *Cultura y liberación*, tomo 1, colección Cuicui, ENAH, México.

CARUSO, Igor, 1996, *La separacion de los amantes*, Siglo XXI, España.

- CASAL, Ignasi, 1982, *Sociología de la ancianidad en España*, ed. Mezquita, Madrid.
- CONFORD, Alex, 1991, *La edad dorada. Guía para entender y disfrutar la vejez*, Grijalbo, Argentina.
- FERICGLA, M. Josep, 1992, *Envejecer*, ed. Anthropos, Barcelona.
- FLANET, Véronique, 1986, *La madre muerte*, FCE, México.
- GILLEARD, Christ, 1996, "Consumption and identity in later life: toward a cultural gerontology", en *Ageing and Society*, núm. 15, copyright, Cambridge University Press.
- HERTZ, Robert, 1990, *La muerte. La mano derecha*, Los noventas, Alianza Editorial Mexicana, México.
- HOUTEPEN, Rob, 1995, "The meaning of old age and the distribution of the health-care resources", en *Ageing and society*, núm. 15, Cambridge University Press.
- JOHNSON, R. Timothy, 1995, "The significance of religion for aging well", en *American behavioral scientist*, Vol. 39, núm. 2, noviembre-diciembre.
- MONTES DE OCA, Verónica, 1997, "Vejez, una verdad excluida en la moral colectiva", en *La Jornada*, suplemento Doble Jornada de enero, México.
- ORTIZ Pedraza, José Francisco, 1995, *Envejecimiento: ¿programa genético o desgaste?* INAH, México.
- ROSALDO, Renato, 1989, *Cultura y verdad, nueva propuesta de análisis social*, ed. Grijalbo, México.
- ROSENBLUETH, Ingrid, 1985, "Patrones diferenciales de envejecimiento, salud y enfermedad en diversos sectores sociales urbanos", en *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, UAM-I, año 6, núm. 12-13, enero-diciembre, México.
- SEALE, Clive, 1996, "Living alone towards the end of the life", in *Ageing and Society*, núm. 16, Cambridge University Press.
- SUDNOW, David, 1971, *La organización social de la muerte*, ed. Tiempo contemporáneo, Argentina.
- THOMAS, Vincent Louis, 1983, *Antropología de la muerte*, FCE, México
- TOYNBEE, Arnold y Arthur Koestler et al., 1993, *La vida después de la muerte*, Hermes, Sudamericana, Buenos Aires.
- URBINA Fuentes, Manuel et al., 1997, *Sociodemografía del envejecimiento en México*, Consejo Nacional de Población, México.
- WOLF, Eric, 1984, "Culture, Panacea or Problem?", in *American Antiquity*, núm. 49.
- WOLTERECK, Heinz, 1962, *La vejez segunda vida del hombre*, Breviarios FCE, México.
- ZIEGLER, Jean, 1976, *Los vivos y la muerte*, Siglo XXI, México.